

ALGUNAS VIVENCIAS COMO ANTROPÓLOGA

MÓNICA E. FORA^(*)

El trabajo de campo es una experiencia única, pero a la vez acumulativa, de sumergirse en la vida cotidiana de otra cultura, con la consiguiente suspensión temporal de las propias opiniones, que, sumada al intento simultáneo de captar mental y físicamente otra versión de la realidad, resulta decisiva para la formación de cualquier antropólogo y para el desarrollo de un sistema de teoría antropológica.

Margaret Mead

Cartas de una antropóloga, 1983.

Introducción

Cuando tenía once años y en la escuela, o en el barrio, me interrogaban con la eterna pregunta: *¿qué vas a ser cuando seas grande?*, mi respuesta era *quiero ser antro-póloga*. Muchos me miraban asombrados aunque, creyendo advertir de qué se trataba la antropología, decían: *¡ah, vas a estudiar los huesos!* (faltaba agregar de dinosaurios, claro está). Ante tal afirmación la desconcertada era yo, pues no podía entender cómo los adultos no sabían que ¡la antropología no estudia a los dinosaurios! Otros, los menos, es decir, mi entorno familiar más cercano y mis amistades conocían acerca de dicha disciplina, quizás porque sintieron la necesidad de profundizar frente a mis inquietudes científicas. Por aquellos años, 1980-81, la televisión de aire emitía *La*

aventura del Hombre, programa con el cual, recuerdo, me deleitaba viendo los descubrimientos de la familia Leackey (biólogos y antropólogos) en África, relacionados con el origen del Hombre. Como también documentales sobre excavaciones arqueológicas en Egipto, con sus pirámides y momias. Al repasar en mi memoria no puedo dejar de mencionar mi primer libro de arqueología para niños, ejemplar que da cuenta de algunos de los hallazgos más importantes de los siglos XIX y XX, entre ellos: la piedra de Roseta que permitió descifrar la escritura jeroglífica, la tumba del faraón Tutankamon, o el conocimiento de la cultura Maya.

Quizás el lector se pregunte el porqué de lo hasta aquí relatado y es que, durante mi infancia, eso era la antropología para mí: exploraciones cuasi aventu-

reras a lugares extraños, cuya finalidad consistía en revelar el pasado oculto de la humanidad. Ya adolescente advertí, también a través de documentales televisivos, el interés antropológico por las costumbres, tradiciones y vivencias de pueblos nativos de América, África o Asia. Una vez en la universidad conocí, en profundidad, las diferentes áreas de estudio de la antropología; entre ellas, la sociocultural. Dicha área aborda la diversidad de manifestaciones culturales en distintas sociedades, así como el modo de investigar acerca de las mismas. Fue entonces cuando focalicé la mirada hacia un aspecto de la cultura de los pueblos por el que siempre había sentido preferencia: la religión. Este tema se convirtió en el eje de mis investigaciones y constituye la trama alrededor de la cual pasaré a narrar, en este trabajo, algunas de mis

experiencias como antropóloga.

Entre la teoría y mis vivencias como antropóloga. El trabajo de campo

Hacer investigación implica buscar y hallar respuestas a aquellas cuestiones que nos interesa indagar. Esta búsqueda no es caótica; por el contrario, requiere de organización y sistematización para intentar responder a los interrogantes que nos movilizan. En este proceso, el antropólogo se embarca de una manera particular, puesto que se involucra con aquello que pretende estudiar en un *diálogo* distintivo que traspasa lo meramente discursivo. *Diálogo* orientado a comprender diversas experiencias significativas que dan vida a la sociedad elegida como referente de sus investigaciones. Y ¿cómo hace el antropólogo para recorrer este camino?: mediante el *trabajo de campo*. Hacer *trabajo de campo* consiste en desplegar distintas estrategias teórico-metodológicas tendientes a obtener datos afines al tema que estemos investigando. Para ello, nos acercamos a la comunidad elegida como referente de nuestro estudio, establecemos vínculos que nos permitan integrarnos a ella y participamos en su cotidianidad. Así, desde ese encuentro particular con el *Otro*, llegamos a conocer y contextualizar –mediante diferentes métodos y técnicas– sus historias, costumbres, tradiciones y experiencias de vida presentes y pasadas. Esta modalidad de trabajo fue definida por el antropólogo polaco Bronislaw Malinowski a mediados de la década de 1910, al instalarse y convivir durante veintiséis meses en una de las aldeas de las islas Trobriand de Nueva Guinea. Allí observaba y describía las costumbres de sus

habitantes en el contexto natural, siendo partícipe de todo lo que acontecía; técnica que él denominó *Observación Participante*. De modo tal que, desde la permanencia y los vínculos establecidos con los trobriandeses, pudo conocer el punto de vista de esas personas sobre distintos aspectos de sus vidas y comprender su visión del mundo.

De esta manera, Malinowski abrió la puerta a la particularidad del trabajo antropológico. Permanecer e interactuar con los miembros de una comunidad nos permite conocer, desde adentro y en profundidad, sus relaciones sociales, sus valores y sus expresiones culturales. Tenemos una idea más acabada del conjunto social donde nos encontramos como para entender y explicar el significado que guarda, en dicha comunidad, aquello que estudiamos.

En la actualidad, los antropólogos no necesariamente debemos trasladarnos, como hizo Malinowski, hacia sociedades distantes geográficamente, o de culturas diferentes a la nuestra. Existen múltiples temas posibles de investigar en el ámbito de nuestra sociedad. De mi parte, siempre tuve preferencia en indagar sobre cuestiones asociadas con la religión. Invariablemente existe alguna motivación en la selección de las problemáticas que los antropólogos elegimos para estudiar. Y en mi caso se vinculaba, entre otros aspectos, con pre-

guntas que me hacía acerca del sentido de la adscripción religiosa en la etapa juvenil, repensando mi pasado adolescente en el seno de la comunidad católica. Quería conocer los modos y las significaciones que asumía el catolicismo entre aquellos jóvenes que participaban en ámbitos parroquiales. Entonces, decidí comenzar mi *trabajo de campo* con los *Grupos Juveniles* de las iglesias de La Plata.

El contacto con la comunidad de la investigación

Para relacionarnos con una



Jóvenes scouts y guías celebrando Corpus Christi.

comunidad nos vinculamos con personas reconocidas del lugar y les contamos el porqué de nuestra presencia. Así fue como me acerqué a un sacerdote amigo y él me presentó ante los Grupos Juveniles de su iglesia. A través de ellos, fui contactándome con



Festival juvenil en San Cayetano.

agrupaciones de otras parroquias; quienes, a su vez, me llevaban con otros Grupos Juveniles. Al principio dialogaba con sus coordinadores y con aquellos integrantes que asistían desde los comienzos de formación de sus grupos. Pero, a medida que nos íbamos conociendo, me invitaban a que pasara tiempo con ellos concurrendo a sus reuniones semanales, situación que me permitía observar *in situ* lo que hacían. Lentamente fui ingresando a esa red social que componían los jóvenes católicos; acompañándolos y participando dentro y fuera de sus actividades parroquiales, por ejemplo: reuniones, convivencias, retiros espirituales, campamentos, cumpleaños y bailes.

Una antropóloga entre los grupos juveniles platenses

El trabajo del antropólogo no resulta fácil, sobre todo en sus etapas iniciales; pues, en el común de las personas, no existe un conocimiento acabado sobre nuestra labor. Particularmente, si bien logré integrarme a la comunidad de los jóvenes católicos, no fue una empresa sencilla. Recuerdo que, al presentarme entre

ellos una suerte de silencio monacal seguido de miradas cruzadas y risas nerviosas. Entonces les comentaba que, con el permiso de los coordinadores del grupo, vendría a sus reuniones parroquiales, los acompañaría en las diversas actividades que emprendieran y les haría diferentes preguntas orientadas a conocer su visión del catolicismo. “¿Y por qué querés estudiar-nos a nosotros?”, esas eran las primeras palabras de los adolescentes para conmigo. Claro, pensaba yo que ellos imaginarían: si no eran indígenas, ni “culturas exóticas”, ni piezas de museo; ¿o acaso no es eso lo que la gente supone que estudia un antropólogo? Pues, ¡no estudiamos solamente eso!; el *Otro cultural* puede ser tanto una cultura diferente a la nuestra, como nuestra sociedad de pertenencia. De modo que, para despejar sus dudas, les hablaba de mi curiosidad por saber cómo abrazaban su religión en el contexto plurirreligioso de nuestra sociedad; la cual, desde el imaginario colectivo, asociaba a los jóvenes con el consumo, el individualismo o la falta de valores. Sumado al discurso constante de la Iglesia que hablaba de captar y recuperar a la juventud alejada de sus filas. Expresar de forma simple los motivos de mi investigación hacía

bilidad de temas que puede abordar un antropólogo. Así comenzaba nuestra mutua colaboración.

Pero no es solo la gente la que se extraña con nuestra presencia,



Reunión de grupos juveniles.

también para el antropólogo resulta una situación nueva a la cual acomodarse. En mis primeras asistencias a las reuniones de los adolescentes no podía evitar sentir cierto nerviosismo por lo que mi estancia podría llegar a desencadenar allí. ¿Y si todos se quedaban callados?; o, ¿si yo no sabía qué hacer o decir? Fue el trato cotidiano lo que nos llevó al conocimiento recíproco. Yo me interesaba en cuestiones propias de su edad, esto es, cantantes y música preferida, programas de T.V. que miraban, confiterías donde iban a bailar y hasta de fútbol. Y ellos, por saber cómo un antropólogo podía estudiar estos temas. De a poco fuimos conformando lazos afectivos hasta sumergirme en la comunidad. Por ello, el *trabajo de campo* no implica solo nuestra presencia física, como buzos observando la vida submarina. Por el contrario, constituye un *ritual de iniciación* a través del cual el antropólogo construye, a cada paso, el rapport o comunicación positiva con esos *Otros*; ritual que lo convierte en parte de aquello que estudia. Como antropólogos *creamos nuestra aldea*, es decir, no perma-



Guías de San Cayetano mostrando su saludo.

los adolescentes como antropóloga interesada en conocer sus creencias religiosas, generaba en

que se mostrasen más distendidos con mi presencia e interesados en conocer la amplia posi-

necemos solo en un ámbito geográfico o lugar físico, sino que nos integramos e interactuamos en un espacio más complejo de relaciones sociales. En mi caso, tal complejidad implicaba –además– la adhesión a la misma religión que los jóvenes profesaban. “Estar allí”, entre otras cosas, movilizaba sensaciones asociadas con mi fe y lo que yo creía que ellos pensarían de mi forma de manifestarla. Al interactuar en un grupo los observaba en acción, escuchaba sus discusiones y reflexiones acerca de temas tales como: Jesús amigo; los jóvenes y su relación con la Iglesia; o en qué consistía orar; a la vez que podía dar a conocer mis opiniones si las requerían. Todo eso lo reflejaba en mi libreta de campo, aunque no siempre tomaba nota al instante de lo que allí acontecía, porque solía generar distracciones o silencios. En situaciones así, guardaba mi cuaderno para participar de la actividad del día; sin olvidar por qué y para qué me encontraba ahí. Luego, en casa, describía las vivencias y su contexto, tanto lo visto como lo escuchado, identificando a cada uno de los jóvenes involucrados con sus ideas y actitudes, pero resguardándolos mediante nombres ficticios. Igualmente, volcaba en el anotador mis sensaciones, emociones y pensamientos producto del encuentro.

Escuchar y preguntar: dialogando en la comunidad

Habitualmente, para dialogar en profundidad con algunas personas, acostumbramos concertar el día y el lugar donde los entrevistaremos; entonces, con el cuaderno de notas y el grabador en mano, nos dirigimos a destino. Una *entrevista* puede guardar distintas formas, explicación que es-

capa a los fines de este trabajo. A grandes rasgos, buscamos saber acerca de un tema específico formulando preguntas durante un diálogo. Pero, algo que parece tan simple no lo es, porque perseguimos que las personas expresen sus ideas, pareceres y sensaciones guiados por su visión de mundo; no influenciados por nuestra visión. A preguntar se aprende, y una forma interesante de hacerlo consiste en observar cómo se comunican entre sí las personas involucradas en nuestra investigación. Ello nos permite acceder a sus códigos comunicacionales –gestos, posturas corporales y el uso de ciertos términos– que no siempre guardan relación con los del antropólogo, aunque ambos pertenezcan a una misma sociedad. Por ejemplo, los adolescentes que entrevistaba mantenían un estrecho contacto físico conmigo; y más de uno solía ubicarse cerca para escuchar de qué hablaba con el compañero. Al formular las preguntas usaba palabras simples que no encerraran en sí mismas las respuestas, pero que me permitieran abrir el diálogo y evitar contestaciones monosilábicas, tan común entre los adolescentes. Así preguntaba: “contame, ¿cuándo llegaste al grupo juvenil?”; y, “decime, ¿cómo fue que te acercaste al grupo?”; por mencionar un caso.

Reflexiones en la soledad del trabajo antropológico

Puede ocurrir que, en el campo, nos enfrentemos a situaciones que movilicen nuestros sen-

timientos y acciones. Ello resulta más evidente cuando estamos con grupos de etnias, religiones o géneros diferentes al propio; aunque, también es posible que suceda en nuestros ámbitos. Recuerdo que, al explicarles a ciertas religiosas y coordinadores adultos quién era yo, me preguntaban –no sin antes haberme escuchado atentamente–: *¿vos sos católica?* Mi respuesta era: *sí, lo soy*. Entonces agregaban: *¿y de qué parroquia sos?* Intentando recuperar la calma ante tal embestida, comentaba de mi asistencia a las misas dominicales en la iglesia del barrio, o que conocía a su sacerdote. No obstante, resaltaba



Procesión de Corpus Christi.

que mi investigación no perseguía objetivos pastorales, ni participaba de ningún grupo parroquial. Enfatizaba mi interés científico por el tema; sin embargo, yo sentía que mi adscripción religiosa y no mi condición de antropóloga era, para ellos, el aval de mi presencia. Situaciones así me hacían reflexionar: ¿sería que solo los católicos tenían autoridad suficiente para estudiar sobre los católicos? Pero, si la Iglesia se había ocupado de conocer, a su manera, la religiosidad de los jóvenes y ¡solo hablaba de un progresivo distanciamiento juvenil

de sus filas! Entonces, ¿qué importancia tendría mi condición religiosa?! Cada conjetura daba paso a nuevas consideraciones en un sinfín de argumentos cuya lógica intentaba descifrar. Sabía, por libros leídos, que los antropólogos, tarde o temprano, debemos afrontar momentos donde se nos pone a prueba. El *Diario de campo* de Malinowski, las *Cartas* que Margaret Mead enviaba a familiares y amigos desde Samoa, y, más recientemente, las obras de Rabinow y Barley están llenas de anécdotas y reflexiones acerca de lo que representa el encuentro con el *Otro*. De gran ayuda resulta conocer los conflictos atravesados por otros antropólogos: cómo se sentían, qué pensaban, o las formas de resolver diferentes problemas. Si bien, uno toma real conciencia de todo eso, de sus ideas y hasta de sus preconcepciones cuando se ve enfrentado cara a cara a ello.

La construcción de la interpretación

Toda investigación se vale de *conceptos teóricos* que orientan tanto la búsqueda, como la interpretación y explicación de aquello que observamos, leemos y escuchamos. Son como lentes que guían la mirada hacia una dirección posible, mas no la única. A veces, los conceptos teóricos elegidos no alcanzan para explicar la problemática que analizamos. Entonces, procedemos a ampliarlos con otros conceptos teóricos, o incluso, a gestar nuevas teorías. En mi caso, dichos conceptos tenían que ver con la configuración de la *identidad religiosa*, entre los integrantes de los grupos juveniles, desde el punto de vista antropológico y no teológico. Como antropóloga analizaba el paso a paso en la vinculación de los adolescentes con el catolicis-



Festival juvenil esperando el nuevo milenio.

mo, desde su nacimiento a su presente; y la percepción de sí mismos como parte de un grupo religioso. A diferencia de un teólogo o sacerdote quien considera que la adscripción religiosa de una persona ocurre al momento de recibir algún tipo de sacramento, como el bautismo, a modo de sello inamovible durante su vida. Ahora bien, quizás el lector se pregunte: ¿en qué momento termina la exploración y comienza la interpretación? La respuesta será que la indagación nunca concluye del todo y la interpretación es simultánea a dicha búsqueda. Solo que, para profundizar la reflexión teórica resulta adecuado dejar, momentáneamente, la comunidad donde realizamos nuestro trabajo de campo. Un lugar con mesa, silla, computadora, grabador, lápiz y papel alcanza para desplegar la información obtenida mediante observaciones, entrevistas y otras fuentes documentales y realizar una primera lectura de la misma. Con nuevas lecturas ordenamos y clasificamos los datos, analizamos sus vinculaciones posibles y brindamos una explicación a la luz de la teoría elegida. O, si ello no alcanza, generamos nuevos

conceptos teóricos que permitan explicar lo que hemos estudiado. Como parte de este proceso yo pude establecer: a través de quiénes los jóvenes se acercaban a los grupos parroquiales; sus intereses y motivaciones; la reelaboración de sus creencias religiosas con relación a lo que allí vivenciaban y con su pasado familiar y educativo. Para llegar a interpretar el proceso por el cual construían su identidad de católicos.

Y ¿después de esto? Los jóvenes solían preguntarme: *¿qué escribís de nosotros?; ¿a quién se lo mostrás?* De un lado, el conocimiento antropológico se enriquece con nuestros informes, presentaciones en congresos, publicaciones en revistas científicas y de divulgación, documentales o muestras fotográficas. Pero, también, la comunidad con la cual uno se involucra desea conocer la imagen que reflejamos de ellos. Además del agradecimiento permanente, podemos acercarle algunos de nuestros trabajos, dedicarles e invitarlos a presentaciones especiales. Les ofrecemos *nuestro enfoque* de aquello que hemos analizado, concuerden o no con dicho pa-

recer. Más allá de lo formal, los lazos creados en una comunidad suelen perdurar; con varios jóvenes comencé una amistad que aún continúa.

Breves consideraciones finales

Quizás para el lector estas reflexiones no constituyan un viaje hacia la aventura del descubrimiento de tesoros ocultos. Sin embargo, para el antropólogo, su trabajo siempre es una empresa única e irrepetible, con dificultades y aciertos. Empresa orientada hacia nuevas búsquedas, donde los “tesoros” están representados por distintas manifestaciones culturales; en este caso, por el sentir religioso juvenil.

Adentrarme en la *aldea que* construí con los Grupos Juveniles resultó toda una experiencia pues, aunque cercana en su geo-

grafía y su historia, se volvía más extraña en su esencia. Y, aunque algo distante desde mi historia presente, se hacía cotidiana desde ciertas vivencias espirituales. Inmersa en este mundo de lo extraño y lo cotidiano pude conocer y comprender las vivencias religiosas de los jóvenes católicos para reflexionar acerca de ellas e intentar explicarlas dentro del contexto en que emergían.

* Lic. en Antropología.
Ayudante Diplomada de la Cátedra de Métodos y Técnicas de Investigación Socio Cultural (FCNYM-UNLP).

Lecturas sugeridas

Atkinson, P. & M. Hammersley. 1994. Etnografía. Métodos de investigación. Paidós edit., Buenos Aires.

Barley, N. 1990. El antropólogo inocente. Júcar edit., Barcelona.

Fora, M. E. 2002. Adolescentes y catolicismo: los grupos juveniles de la ciudad de La Plata. Aproximación al estudio de la identidad religiosa. Revista Gazeta de Antropología 18: 186-198. Universidad de Granada, España.

Malinowski, B. 1989. Diario de campo en Melanesia. Júcar edit., Barcelona.

Mead, M. 1983. Cartas de una antropóloga. Emecé edit., Barcelona.



ASOCIACION EMPRESARIA HOTELERA Y GASTRONOMICA DE LA CIUDAD DE LA PLATA Y ZONA DE INFLUENCIA



INSTITUTO SUPERIOR DE HOTELERIA, GASTRONOMIA Y TURISMO
“ANTONIO C. BREA”

DIPREGEP 6266

- Técnico Superior en Hotelería - 3 años de duración
- Técnico Superior en Turismo - 3 años de duración
- Chef Internacional - 2 años de duración

CARRERAS • 1^{er} Instituto Terciario creado por una entidad empresarial Hotelera Gastronómica
TERCIARIAS • Salida Laboral - Pasantías respaldadas por nuestros socios.

INSCRIPCION: 6 N° 554 (B1902CLX) La Plata • Tels.: (0221) 421 1602 - 425 9936 - 489 3422
instituto@aehg-laplata.com.ar - escuela@aehg-laplata.com.ar

ESCUELA DE HOTELERIA, GASTRONOMIA Y TURISMO
“MARIO N. AGUILAR”

CURSOS DE CAPACITACIÓN: Grupos reducidos • Vacantes limitadas

- Cocina Profesional • Ayudante especializado en Cocina • Barman Profesional
- Pastelería y Repostería • Protocolo y Ceremonial • Eventos y Banquetes
- Mozos & Camareras • Informática & Internet